

Dios y el diablo en tierra austral

Escenas de la tenue realidad argentina

Gustavo F. J. Cirigliano

Don Segundo lee el diario.

Don Segundo lee el diario, de ayer.

Don Segundo lee el diario, de ayer, que le presta don Sofanor, dueño
de un almacén cercano.

Don Segundo, sentado a la puerta de su vivienda, comenta: "El avance en el mundo es fabuloso. Trenes franceses llegarán a Alemania a más de 500 kms. por hora. Por el túnel del Canal de la Mancha se une la isla al continente, un sueño de siglos. Ya falta poco para que vencamos al SIDA. Nunca se ha vivido época igual".

Don Segundo, sentado frente a su precaria vivienda, se deleita ante las nuevas: "Hemos llegado varias veces a la luna. Computadoras hay que almacenan millones de datos y ofrecen el buscado en fracciones de segundo; además razonan y deducen. Con la biotecnología que cambia los códigos se podrá construir un hombre. Sistemas luminosos se ensayan en Japón para reemplazar la luz eléctrica".

En su improvisada casilla don Segundo no suele tener luz excepto cuando él y sus vecinos logran "colgarse" de un cable de los alrededores. "El láser posibilita la comunicación, transmite mensajes, lee los discos compactos, suelda retinas oculares y como bisturí opera vesículas y tumores", enumera.

Como tampoco tiene agua corriente se ve obligado a acudir tres veces por día con los baldes a una lejana canilla, mientras la acequia que bordea la casilla y que recoge los desagües aumenta el barro que se le pega al gastado zapato.

(El autor piensa: Este texto intenta traslucir la conciencia de un argentino que percibe que cuanto más completo, cerrado en sí y sin fisuras es un

sistema de ideas, interpretación o discurso de otro pensador con el que lo han familiarizado, menos margen encuentra para su propio pensamiento.)

Los vecinos a los que don Segundo expone aseguran que, fascinado por el progreso de la ciencia y técnica, vive pendiente de su desarrollo casi como de una telenovela; igualmente de la evolución de la política mundial (en verdad, imperio-central). Los diarios confirman su buena información: "Día a día se descubren nuevos planetas y nuevos satélites. La lista de logros y promesas impresiona: cirugía fetal, transbordadores espaciales, proteínas humanas producidas artificialmente, computadores que se autorreparan automáticamente, robots blindados para misiones de riesgo".

(El autor sonríe cuando reconoce: "sabiduría de Almanaque Mundial".)

El CORO irrumpe recitando:

Cada mañana el hombre se pregunta cómo actuar, cómo conservar el mundo. El mundo se conserva según fue hecho, le han respondido. Si Dios comenzó con "hágase la luz", nuestra tarea será seguir haciendo luz: al final todo será luz. El sentido es conforme al origen. Según el origen será la realidad y el actuar: la conducta se pauta según aquella actividad inicial paradigmática.

Lo que está en el comienzo está en el fin, dicen otros. El fin también actúa como origen y pauta conductas. Cristo vino a cambiar la conducta paradigmática pero desde el fin.

El origen no es tal, dicen los de allá. Sólo arbitrariamente es origen; se construye según cada proyecto. Cuando uno quiere que la realidad sea de otro modo, construye otro origen: creación, evolución, Big Bang, expansión dinámico-elástica de la materia... ¡Qué distinto destino tendrá el mundo si el origen es la explosión o un Dios donándose!

"Aviones invisibles que el radar no detecta, cibernética, producción industrial en estaciones orbitales, ciudades flotantes, aviones robot a 4000 kms./h., música aleatoria y de indeterminación, control del envejecimiento e hibernación periódica hasta llegar a la inmortalidad". Don Segundo se excita y se exalta con los enunciados: "Bioingeniería médica que crea repuestos humanos, procesadores con estructuras orgánicas incorporadas, transmisión de información

directamente al cerebro, bases permanentes en la luna, naves-colonia, cohetes de antimateria". En la villa donde vive no hay escuela. Qué contraste, se lamenta don Segundo, pero el progreso barrerá con la ignorancia.

(El autor reconoce que se proponía elaborar un texto sobre "Voluntad y proyecto" o sobre "América como proyecto" pero este relato se le imponía insistente, molesta, obsesivamente. No puede apartar la recurrente sensación de hallarse en un campo de concentración o sentirse un esclavo o villano fuera del castillo. No logra superar esa patética metaforización de su vida en tanto habitante de un país derrotado y sometido. En un país cuya trama paradigmática es el despojo, consecuentemente la realidad tiene que estar vaciada. Ya ocurrió aquí antes, razona. El imperio mata toda cultura que no sea la propia. También los aborígenes de América se ilusionaron con que los barbudos españoles eran dioses salvadores. Cuántos argentinos querrán creer hoy que la tecnología imperial viene a liberarlos).

El Coro juzga:

El autor se está sermoneando a sí mismo pero también a los demás en un denominable "sermón de Balvanera". Sermón, prédica, kerigma profecía, denuncia-anuncio. Pero siempre uno resiente el sermón que parece acusar alguna falta y algún culpable.

Los vecinos que pasan se detienen a saludarlo, y luego prosiguen al dispensario. No hay hospital cercano, pero en la salita un médico municipal atiende tres veces por semana. Alguien señala que apenas "despacha". Eso sí, hay una enfermera casi permanente y una eficaz curandera.

(El autor retiene la esperanza de no abandonar la metáfora, el ejemplo, la parábola como modo de conocer, que siempre fue arma de la filosofía. Se le ocurre que quizá a él como a don Segundo la información le arrebató y le suplió la voluntad y por eso hoy contempla un espectáculo ajeno a cuya pantalla no logra ingresar. Información que circula sobre sí misma repitiéndose.)

El Coro anuncia:

Dicen que los mayas no tenían seguridad de la continuidad del mundo y temían que pudiera en algún momento detenerse. Por eso se

hacían cargo de intervenir para mantener la vida y el movimiento del mundo. La continuidad del mundo era su responsabilidad. Busquen la voluntad: empiecen por los libros sagrados de América. Una voluntad trascendental, que no requiera ni sea fundamento. Sólo el ser y la razón lo requieren. Dios “deiza” sin fundamento.

Tanto se entusiasma don Segundo que sus vecinos creen que convierte en propia la realidad que lee. Algún mal intencionado le insinuó que ello le impediría percibir la realidad en torno. Don Segundo tajantemente replicó que la realidad es una sola.

(El autor cree percibir una semejanza –por tanta lectura– entre don Segundo y don Quijote, antes de arriesgar: si no hubiera oscuridad, ¿quién se daría cuenta de la luz?)

El Coro salmodia:

Si no hubiera oscuridad ¿quién se daría cuenta de la luz? Si no hubiera muerte, ¿quién se daría cuenta de la vida? Si conociéramos el no tiempo, ¿cuán fácil sería entender el tiempo! Descubran por lo menos tres tiempos según el paradigma de los tres niveles.

Se ha escrito que la luz se testimonia (ina martirése perí tu fotós) y que el testimonio origina la fe (ina pautes pisteúsoin) que coincide con el compromiso: aceptar, jugarse y actuar según lo creído, y volver a tornarse testimonio. La luz no ha sido hecha para objeto de la inteligencia sino para ser testimoniada por una conducta (San Juan, I).

Alguna vez enojado con incrédulos y suspicaces don Segundo espetó: Ignorantes, el saber no tiene fronteras. Yo habito en el mundo de la información. Se cuenta sin embargo que alguien le oyó decir: tengo miedo de la técnica; halagándola la conjuro y me congracio.

El Coro profetiza:

Cuídense del asombro y del miedo ante la técnica. De tanto avanzar se encontrarán circularmente con los mismos monstruos del pasado. Se avizoran en el mundo, como en tiempos mitológicos, dos grupos: arriba los dioses y semidioses y abajo la torpe raza de los hombres. Por un lado los

poderosos, descendientes o hijos elaborados por la tecnología, constituirán la nobleza; no serán hijos de la sangre, se asemejarán a aquellos héroes divinos de padres siempre desconocidos, resultado de cruces incestuosos, de concepciones milagrosas y de poderes más allá de la naturaleza. Los vulgares humanos, por otro lado, hijos sólo de la carne de sus padres y sujetos a las pasiones y a los instintos, –según se los acusará– se someterán. Se someterán a la aristocracia tecnológica por concepción y nacimiento que convertirá todos sus rasgos –aún los absurdos– en virtudes. Los inferiores andarán buscando disimular la vergüenza de ser apenas hijos de la procreación biológica tradicional.

(El autor sigue en sus vericuetos y manifiesta convencido que nadie lo recordará a uno –si es que se lo recuerda– por lo bien que repitió o interpretó el pensamiento de otro, aun muy talentoso, sino por la formulación personal de una personal existencia. Cuando más redondo y sin baches el discurso ajeno, más seduce, atrapa, encierra y limita. Cuando no indigesta tanto autor y teoría. Hay como un exceso de ser en el otro, el poderoso, que despoja –aun a su pesar– y que apoca el ser del pensador del Sur.)

El Coro metaforiza:

El hombre del Sur no llega a la realidad. Siente que es toda de otro. Se encuentra como ante la vidriera de un negocio de electrónicos con los televisores encendidos ofreciendo sus imágenes. Pero él no puede entrar ni al negocio ni al origen de la imagen. Regresa la vieja fábula de la caverna. Y cuando el hombre del Sur rompe la vidriera, siempre colocan una nueva cuya reposición él deberá pagar. ¡Que se dé vuelta!

(El autor hace un recuento: antes eran tres relatos y ahora son cuatro, dos personajes, don Segundo y el autor, ahora el coro y la historia que envuelve a todos. Y todo se muerde a sí mismo. Todo es relato.)

El Coro aconseja:

Señores, miéntanle a los medios de comunicación, y compondrán una nueva realidad. Toda mentida.

Esta tarde don Segundo explica que se ha constituido un nuevo orden mundial mientras mira al cielo porque amenaza una lluvia que terminará como de costumbre en inundación.

(El autor se pregunta si –como el imperio y los centrales sostienen– la radical carencia de sentido, el todo y nada vale, la negación de valores –que hace posible que cualquiera imponga el suyo, si puede– y que en ello es cinismo, no se convertirá en los no desarrollados en un festival de corrupción o una orgía de muerte. La imitación del dependiente o dominado se vuelve una caricatura o mueca de la conducta del amo. Aquella conducta de desborde será sospechada como riesgosa para los imperio-centrales (a la vez que el dicho descontrol resultaría un molesto anticipo de la propia conducta futura). Es de esperar por tanto que para controlar el peligroso Sur haya que volver a imponer normas morales bien claras y resucitar a Dios si es necesario.)

El Coro enuncia y revela:

La muerte de Dios. Dios puede morir, como “ser”. Y renace como “voluntad”. Voluntad de donación.

Lo nuevo está pero no lo vemos. Mil cien millones de chinos no se notan, un universo entero desapercibido. Este tiempo, esta era nuestra se acaba. Kali Yuga. En su “Apokalypsis de San Juan”, sostiene Leonardo Castellani que el mundo actual se suicidará. Terminará esta ciencia y esta tecnología junto con los imperios. Vendrá el tiempo de la voluntad.

Don Segundo sospecha, pero no se atreve a confesarlo, que el nuevo orden internacional ha levantado nuevos muros, azulado nuevos (y viejos) intereses y fomentará nuevas ideologías tan demandantes como las al parecer perimidas.

(Razona el autor: hay sinsentido cuando se completa o acaba un proyecto, pero el sinsentido no es un proyecto. Y sin él no hay hombre, que lo es por naturaleza, con más propiedad por decisión o elección existencial. En Dios habría un único proyecto. El hombre –tiempo– recorrerá una sucesión de proyectos. El término de alguno no ha de ser catástrofe ¿o lo es?)

El Coro testimonia:

En arjé en ó lógos, que reformulado significa: en el comienzo había un proyecto que Dios lo tenía delante de sí y era él mismo. Nada se hizo ni se puede hacer sin ese proyecto cuyo corazón es la vida o no-muerte.

Si bien don Segundo no lo reconoce abiertamente, sabe en su interior que sus seguidores –que los tiene– simplifican su pensamiento, lo adelgazan de un modo atroz, lo convierten en un hilo tenue y frágil, en verdad en apenas un enunciado, como lo que suele balbucear un alumno en un examen que es la repetición de una repetición.

(El autor hipotetiza: la realidad descubierta –encubierta– por los diarios es sólo un conjunto de temas. Éstos constituyen el contenido de o la misma realidad. En verdad la realidad argentina es de la naturaleza del tema, de la índole del enunciado. El país termina por consistir en una serie de proposiciones que a diario se suceden sin transformarse siquiera en grosera realidad cotidiana. Y no son proposiciones metafísicas sino apenas denuncias, acusaciones y desmentidas.)

El Coro recomienda:

La sabiduría se sostiene en la analogía. Sálganse del ser y tendrán una nueva metafísica. La voluntad quiere no es. Desde la voluntad pueden empezar de cero. Desde el ser ya no, porque otros lo han definido y fijado. La voluntad siempre es comienzo.

Don Segundo, descendiendo del mundo de la información, podrá argüir que si la realidad primordial (imperio-central) es –para nosotros– sólo “tema” de los diarios, ¿por qué la realidad segunda, la nuestra cotidiana, no habría de ser de la misma naturaleza, a saber, tema?

(El autor retoma la realidad-tema. No surge en la Argentina preocupación social porque existan u ocurran delitos sino porque un diario los tematice, denunciándolos o apenas enunciándolos. ¿Y si tuviera razón Borges y no existieran los partidos de fútbol sino sólo sus relatos? ¿Y si también los de la ciencia fuera sólo relatos?)

El Coro interviene insistentemente:

Salgamos del orden del ser que limita, absorbe, reduce a él. Tal vez el influjo de la filosofía escolar forzó a ver al ser como estático e imperial, penetrante todopoderoso de la realidad sin dejar resquicio a la diferencia, sin posibilidad de hallar otra cosa que ser, reduciéndolo entrópicamente todo a sí. ¡Y encima a Dios llamarlo el Supremo ser!

Con don Segundo uno tiene la sensación de que todo el progreso debe estar pasando al lado suyo. Basta que él lo proclame para que parezca patrimonio universal.

Atosigado de tantas palabras-promesas don Segundo balbucea: vivimos un tiempo de milagros, hemos llegado... vamos hacia... nada igual... como si lo estuviera ahogando un diluvio.

(El autor, contradictorio, descarga redactando una parábola: entre dos había que escoger. Elegir el mejor. ¿Cuál es el mejor? ¿Cómo saberlo? Que decida el mercado. Los operadores lanzaron los nombres y las características de los productos. Enalzaban el propio y denigraban el ajeno. El mercado debatió los beneficios y desventajas que ocurrirían en cada caso. Y decidió. Se quedó con el mejor. Como era de esperar. Se quedó con Barrabás.)

El Coro reconoce y confiesa:

Una pesada carga es la adhesión y fidelidad a una ideología o ideario. Cuántos argentinos se estarán sintiendo liberados de tal peso al repetir –convencidos– que los socialismos han caído derrotados o que la ciencia y la cultura nacional son una insensatez. Cuánto alivio da el permiso para ser capitalistas desembozados sin justificaciones ni culpa, y ser seguidores, con la conciencia aplacada, del saber universal. ¡Qué tranquilidad al fin al no tener que esforzarse más por la justicia social, la que o no es posible o si lo es, lo será por una misteriosa acción del mercado y de su libre juego, mano invisible que sabe hacer solita su acción bienhechora!

(El autor: Si veo semillas desconocidas antes de que broten, no me muestran lo que van a ser. Cualquiera puede, para mí, ser el resultado de su

despliegue. Yo diré que estaba determinado por esa semilla y que el árbol desconocido la ha consumado. Deduzco, en permanente justificación y ajuste a lo que sucede pero desconozco. ¡Qué engañoso es inventar la semilla desde el árbol, como el proyecto de la modernidad desde hoy! La posmodernidad europea, al sincerar su pasado, puede liberarnos de cargar su lastre.)

El Coro recapitula un veredicto:

El texto ensaya un juego sobre lo global y lo fragmentario: no parece enterado de que la técnica no tiene por qué venir a resolver el problema de la pobreza; por lo que incurre en excesiva polarización en el planteo. Se viste de posmoderno porque promete cuatro finales, chapotea en la disolución de la realidad fragmentaria y deja muchos cabos sueltos (lo que no parece mal). El texto substituye la salida con otro relato que no resuelve lo real; pasa por alto que los grandes relatos no siempre brindan sentido, y no marca la diferencia entre sistema y gran relato.

Asoma en fin la sospecha de que los relatos son también una astucia del nihilismo.

Algún vecino dio a entender cierta vez que le gustaría que don Segundo se ocupara de los problemas de la villa y no tanto de los de la transformación de la economía de los países del este europeo, y que con palabras no se arregla el mundo y menos con noticias. Ramón se afana por arreglar las zanjas de la villa. Preside una Comisión Vecinal pro mejoras. Don Segundo lo deja hacer pensando que el empeño de Ramón es sólo una fantasía de poder.

El Coro amonesta:

Pero los cruces de poder son innúmeros, e incontrolables sus mestizajes: Y hasta los débiles son temibles. Cuando actúan. Porque la acción es siempre origen. Error será menoscabar al que siendo pobre encontró su propia respuesta y aun su felicidad.

(El autor descubre con pudor que todavía lo conmueve la generosidad de una semilla que brota, un canario insistente y gratuito y la sonrisa sin recompensa de un amigo, que son otras formas de tecnología que no

aniquilan la realidad circundante ni la substituyen. Cuando la triunfante técnica de aparatos llegue al hartazgo, y sólo entonces, el hombre le propondrá un distinto sentido. El autor descubre que estos pensamientos están influidos por la prédica del Coro.)

El Coro concluye:

El origen –que da modelo– no sólo es ontofánico sino dontofánico: pánta eguéneto di autú. La realidad es donación.

El deseo quiere lo que no es para que siga no siendo y pueda seguir siendo deseo. La voluntad dona realidad.

Si el ser aparecía prepotente, el dar se presenta como lo opuesto. Fácil y simple es verlo aparecer cuando los primeros atisbos de vida (en autó zoé en). En cuanto comienzo el vivir comienza el dar. Mientras el ser semeja un duro permanecer, soberbio y fuerte, ante la nada elegida como enemiga, vivir es dar, darse, continuarse en otro: en tanto, el ser parece concentrado en poseerse, en continuar en sí. Dios, el máximo dador, por plenitud, no por carencia (el plerómatos autú pántes elábomen).

Mientras tanto, don Segundo lee el diario, de ayer, prestado.

Así termina la historia pero puede agregarse un

2do. final: Don Segundo no lee más el diario de ayer, porque no se lo prestan y no tiene más remedio que conocer la acequia, las nubes de la tormenta de su cielo y los empeños de su vecino Ramón.

3er. final: Don Segundo se ahogó en el diluvio universal.

4to. final: Don Segundo fabricó un arca para construir otra humanidad nueva y latinoamericana, luego del diluvio,
o Fin (de la historia).